LA DIFUSION DE LA CULTURA

por Angel Rama

NO TODOS LOS SECTORES que integran una sociedad tienen el mismo peso en su desarrollo. Un buen índice de las orientaciones profundas de un cuerpo social lo determina la actitud que asumen los trabajadores intelectuales frente a los problemas que les conciernen con sectores dinámicos que mueven la historia presente. La actitud de los últimos en una revolución permite medir la magnitud del proceso en las especificas coordenadas culturales.

A esa actitud me referiré en esta nota, aunque reconociendo salto al ancho campo de la palabra intelectual, un sector más reducido que integran los escritores y los artistas. En el caso cubano, la inmensa mayoría, uno los que están los mejores exponentes del país en literatura, historia, artes plásticas, etc., apoyan su revolución, participan en la tarea de cada nuevo organismo y favorecen su desarrollo en profundidad. Es suficiente con citar algunos nombres, los más conocidos en el exterior, para comprobar la importancia de su contribución y el mismo tiempo la pluralidad de direcciones artistas y filosóficas que representan: Nicolás Guillén, hoy presidente de la Unión de Escritores; el pintor moderno Portocarrero, vicepresidente del mismo organismo; las novelistas Alejo Carpentier y Enrique Labrador Ruiz, el primero en la Dirección de Cultura, el segundo en la Imprenta Nacional; Alicia Alonso, directora del Ballet de Cuba, etc. Si buscáramos el común denominador de estos creadores para reducirlo a una unidad su disparidad estética, sólo encontraríamos un mismo afán de excelencia artística y una adhesión al movimiento revolucionario de su país.

Ha habido sin embargo deserciones, aunque conviene anotar que en menor cantidad que las ocurridas en otro sitiado revolucionario de la contemporaneidad internacional. En España de 1936. Pueden citarse tres casos: Jorge Mañach, conocido ensayista y periodista, Lydia Cabrera y Calvo que acompañó a Miami al equipo de BOHEMIA, en el cual desde hace quince años el cuentista cubano había abandonado la literatura por el periodismo; Carlos Montenegro, ausentado repentinamente del país en su peculiar estilo aventurero y que no conocía de definiciones políticas. Las desercciones de escritores —hay que subrayarlo — en la primera época de la revolución fueron importantes en los comienzos y no ninguna la comprobación general: los escritores y artistas cubanos acompañan su revolución, creen en ella.

Hay algunos que no se sumaron a ese clima de fervor y participación, y quizás sería ingenuo esperarlo. Esa actitudes se pueden ver la actitud de Juan Marinello, hoy rector de la Universidad, o en José Portilla, embajador en México, que en el poeta Angel Gaztelu, sobre todo si se recuerda que él autor del libro «La civilización de la noche" y de tantos otros poemas de inspiración tanto se no sacerdote, quien ejerce su ministerio en La Habana, más sobresaliente de Cuba, quien desde la expulsión de los sacerdotes apoyados a quienes se probó la tenencia de armas. Como se puede, dadas sus convicciones, aprobar una filosofía basada en materialismo dialéctico, pero su caso, como el de algunos otros escritores — estima el del poeta católico Eugenio Lizaso Lima, tan parecido a nuestro Basso Magllo — ilustra la situación de los escritores que coinciden con sus reacciones colegas en las obras que le dedican en el espíritu humanístico que la alienta, en la tarea concreta de edificar una nueva sociedad.

En el peor de los casos su discrepancia con la filosofía oficial se similar a su discrepancia con el régimen capitalista anterior, tan distante del espíritu revolucionario, pero en la medida en que pueden continuar su creación propia y en que coinciden con las realizaciones prácticas de la revolución, se ubican en la corriente de nueva sociedad. Puede atribuirse a algunos escritores cubanos, las oportunas intervenciones en el Congreso de Escritores Cubanos celebrado el año pasado, en particular el excelente texto de Fidel Castro respecto a la actitud de los intelectuales en la revolución socialista cubana. Ya que en buena parte él es la respuesta a los temores que surgían en aquel entonces.

Dos aspectos convienen destacarse en la actitud de los intelectuales: uno se refiere a la incidencia de la revolución en la obra y en las modificaciones que en ella puede introducir; otro, el conjunto de realizaciones concretas para que la acción de los artistas y escritores se ya vea reducida a una simple dádiva a élite, menos en habitual en Latinoamérica, y alcance a toda la sociedad.

Del primero hablaremos más adelante con detalle; puede apuntarse desde ya que entre los intelectuales citados, y en general entre los que cumplen se observa una transformación visible: el arte de Guillén es el más sensitivo; Portocarrero alguna pintura de antes, quizás más líricas llenas de colorí Alicia Alonso expone gozosamente de una novela de aparición inminente de Carpentier ha adelantado fragmentos con transformaciones estéticas. Este problema en cambio se plantea aquí como un problema de los artistas y no de ellos mismos le someten es electionante, como se ve, a una próxima nota.

Uno de los aspectos más nobles de esta revolución, es el sincero afán de llevar la cultura al mayor número de ciudadanos. No se trata solamente de alfabetizar, sino alfabetizados. Romper esa cerca duro en que —lo sabemos por experiencia de nuestro país— se ha encerrado la creación artística: el libro que se tira a un par de miles de ejemplares, el espectáculo musical que apenas el Teatro el Estudio Auditorio, o el teatral que concita elitco mil personas que viven en el centro de la ciudad. Transportar la cultura a los más no es asunto fácil. Plantea los innumerables problemas de los cuales los más evidentes son: inversión económica (muy elevada) necesidad de una cantidad acrecida de equipos humanos intelectualmente dotados; necesidad de variedad de niveles educativos: selección y acomodación de materiales culturales para esos diversos niveles; formación de la actitud creadora de las masas y su participación dinámica en la cultura, para evitar la pasividad del puro receptor; utilización educativa de la cultura — todo gran arte es arte normativo— para entender el proceso en la dirección. Esta sería demoración, que podría extenderse — necesidad de seducir al público no acostumbrado a su concierto, dificultad de la acción en las zonas rurales, etc. — muestra que el problema de la difusión de la cultura no puede plantearse bajo las características del despotismo ilustrado: limitarse a multiplicar por siete millones de habitantes lo que antes llegaba a setecientos. La transformación cuantitativa se hace cualitativa, porque hay un público y una realidad nuevos.

En sólo tres años se ha cumplido una labor de difusión enorme, muchas veces caótica — se reconocerá, se erra, se enmienda—, y todavía no se han consolidado los instrumentos de acción como tanto otros aspectos de la revolución, son extremadamente lábiles. Para comprender la obra positiva cumplida es útil recordar que Cuba parte de una situación algo similar a la de nuestro país, con el agravante de una inferior educación media. Allí había escuelas, pero, el autor costeaba sus libros o los publicaba en el exterior, existía una orquesta sinfónica, excelente, en La Habana, y nada más; nada que se parezca a nuestra cinematografía nacional y apenas al los noticiarios comercializados o los co-producciones en que el país se limitaba a poner sus palmeras y sus "Miss Universo" o "Miss Belles Filles" Existía un nivel de teatro similar al de nuestro país en 1945, cuando se fundaban la Comedia Nacional.

De el momento actual la orquesta sinfónica de La Habana, reconstituida con músicos de varios países incluido el nuestro, aparece como la primera de una serie de seis orquestas sinfónicas que están creándose para distribuirse en todo el país. A ello se agregan los pequeños conjuntos musicales que se ofrecen diariamente de la isla dando conciertos. Uno de ellos lo integran músicos uruguayos, otro, cubanos. Existe también — y la fines del primero explica bien su trabajo "En tres meses hemos dado más conciertos que en todo nuestra carrera en el Uruguay" — conjuntos de instrumentos distintos de los que usan, en sus jiras al interior, nuestros cuartetos, tríos, etc. Existen algunos compositores cubanos, en especial Amadeo Roldán — el Falla cubano — que da nombre al conjunto de los uruguayos. Los problemas de adaptación de los conjuntos a los nuevos Blasones, presidente de la Unión de Compositores, y refiriéndomos a esa labor de difusión preguntamos si el uso de Tchaikovsky no era demasiado antiguo. Nos dijo que un compositor más interesado en la renovación moderna de la música, conocedor de la experimentación sobre noticia concreta y electrónica, observa que para los fines de difusión no es necesario volver a utilizar Tchaikovsky "es igualmente eficaz y no mejor la "Petrouchka" de Stravinsky.

Simultáneamente se ha producido una resurrección vigorosa del folclorismo, como forma de recuperación de lo nacional y de lucha contra los productos más espúreos y vulgares de la influencia extranjera. En ello ha trabajado, en forma ejemplar, el Instituto Cubano de la Biblioteca Nacional, que ha publicado diversos materiales folklóricos. Mismo propósito obedece el estreno de un ballet muy antiguo: la comparsa. La reconstrucción musical, música de Amadeo Roldán y argumento de Alejo Carpentier, y los conjuntos folklóricos que empiezan a aparecer en el país, son en las regiones más apartadas.

Es también mucho lo que se ha hecho en materia de teatro, aunque no está todavía en la etapa de crear un conjunto suficientemente amplio y capacitado de actores y técnicos, y crear simultáneamente un público. Pero en esta zona las experiencias más originales y más ricas son las representadas por el apoyo intenso prestado al autor nacional — hay que mencionar la acción de Osvaldo Dragún al frente del seminario de autores. La aparición de incipientes creadores que comienzan a manejar con destreza el oficio — y la de los instructores de arte en que trabaja un uruguayo, Ugo Vista. Esta tarea se me presenta como la más audaz y de mayor porvenir cultural en ella se expresa el deseo de una profunda difusión cultural que alcance a las zonas más retrasadas del país, transformando a los cubanos en los propios actores de su cultura.

El sistema es conocido y ha sido aplicado en países europeos: se trata de la formación de "instructores" — quienes se dota de los conocimientos técnicos y culturales indispensables para que promuevan una actividad artística — teatro, danza, etc. — en centros obreros, campesinos, en las agrupaciones revolucionarias, en centros docentes, etc. Los transmisores de conocimientos, asesores y activadores de la vida cultural en los distintos niveles de la población. Los futuros "instructores" trabajan en el régimen de internado, viviendo en las fastuosas mansiones abandonadas en las zonas más ricas de La Habana. El éxito formador del sistema se asegura por dos razones: se preparan miles de instructores y se les asegura el trabajo una vez concluidos los cursos. Puede esperarse mucho, y bueno, de esta tarea.

Pero la obra cultural que mejor puede probar la acción revolucionaria se la cumplida en el orden cinematográfico. Es el caso de un arte que necesita de grandes inversiones para montar la correspondiente industria, y de un plantel técnico. Cuba, que tiene de cinematografía propia, tiene ya una que ha producido numerosos documentales, noticiarios, cortometrajes varios, y tres largometrajes. El último ha suplido la nunca aparecida industria privada, organizando "estudios" y dotándolos de implementos básicos para su funcionamiento correcto: al mismo tiempo ha contratado técnicos extranjeros junto a los cuales pudieron formarse los nacionales: decenas de operadores, fotógrafos, directores, escenógrafos, libretistas, han asesorado en el país, algunos dejando obra hecha como Cesare Zavattini. El centro Cuba permitía la posibilidad de dialogar simultáneamente con Alain Resnais y Kalatasov, este último preparando el jardín de reproducciones cubano-soviéticas.

Los largometrajes ya aparecidos muestran un nivel de decoro y algunas excelencias: Cuba baila, y sobre todo Historia de la revolución — nombre de puede verse un episodio con el famoso asalto al tren blindado en Las Villas, operación que resultó el triunfo de la revolución— y Realengo 18, historia, esquemática, de la lucha de los campesinos por la tierra, apunta las realizaciones de un arte influido por el neorrealismo italiano y por algunas invenciones del cine polaco. El plan de trabajo del Instituto Cinematográfico incluye cuatro filmes anuales, y entre los próximos está un largometraje con argumento y dirección de un conocido nuestro, Ugo Ulive, donde se intentan cuatro historias cruzadas que muestren los momentos más significativos del proceso revolucionario cubano.

En cuanto a los cines, éstos siguen pasando antiguas películas americanas de "cowboys" y mucho sexo activo o, en general, de las países socialistas. Al lo acre republicanía antisoliviana Cleo desaparecido, donde no están muy presentes las virtudes del director de La bahía del solidoo. Un gran problema de divisas explica que sean muy pocos los films occidentales que se proyectan. Los hechos que han obtenido se ha conocido en Cuba Moderato cantabile y La aventura, obteniendo esta última la admiración de los menos y la distribla de los más, incluyendo la proyección de proyecciones por su supuesto "decadente". Se ha gestionado, últimamente, la compra de La dolce vita.

El haber creado una industria cinematográfica en sólo tres años, con un nivel decoroso, es eira hazaña de la revolución.

El tema que deberíamos tratar ahora es el de las ediciones y las problemas de la creación literaria. Cuedarás para otra nota.